

La muerte de Dios y las categorías fundamentales en la obra de Friedrich Nietzsche

Alan Tonatiuh López Niño. Colegio Superior para la Educación Integral Intercultural de Oaxaca - CSEIIO (México). zagato00@gmail.com

Resumen:

A través de esta investigación, se pretende, partiendo de la filosofía nietzscheana de la muerte de Dios: encontrar las relaciones conceptuales y la manera de afirmar y aceptar la vida misma desde las categorías fundamentales que propone Nietzsche. Categorías que son: el nihilismo, el superhombre, la voluntad de poder y el eterno retorno. En síntesis, a través de estas categorías, se busca y se considera necesario replantearnos una forma diferente de devenir en "el ser", que constituya una nueva "conciencia humana" y que de sentido a la "vida". Siendo una forma de idearse a sí mismo la filosofía y pensamiento dialéctico de Friedrich Nietzsche.

Palabras clave: Muerte de Dios, nihilismo, superhombre, voluntad de poder, eterno retorno.

Abstract:

The death of God and the fundamental categories in the work of Friedrich Nietzsche.

Through this research, it is intended, starting from the Nietzschean philosophy of the death of God: to find the conceptual relationships and the way of affirming and accepting life itself from the fundamental categories proposed by Nietzsche. Categories that are: nihilism, the superman, the will to power and the eternal return. In short, through these categories, it is sought and considered necessary to reconsider a different way of becoming in "the being", which constitutes a new "human conscience" and that of meaning to "life". Being a way to devise to itself the philosophy and dialectical thought of Friedrich Nietzsche.

Keywords: Death of God, nihilism, Superman, will to power, eternal return.



eikasía

La muerte de Dios y las categorías fundamentales en la obra de Friedrich Nietzsche

Alan Tonatiuh López Niño. Colegio Superior para la Educación Integral Intercultural de Oaxaca - CSEIIO (México). zagato00@gmail.com

Índice

1. Introducción
2. Escisión Apolo-Dionisos
3. La muerte de Dios
4. El nihilismo
5. El superhombre
6. La voluntad de poder
7. El eterno retorno de lo mismo
8. Conclusión

1. Introducción

La muerte de Dios y las cuatro principales categorías empleadas por Nietzsche han configurado el cuerpo de su filosofía; estas ideas fundamentales resultan problemáticas ya que tienen interpretaciones pluridimensionales y están en constante mutación. De tal forma que la descripción que haremos está basada en las reflexiones de algunos de los más serios estudiosos contemporáneos de Nietzsche.

Así, en el pensamiento nietzscheano no encontramos sólo un rechazo y crítica a las concepciones tradicionales de la vida y su sentido, sino también hay un esfuerzo por encontrar nuevos horizontes y perspectivas con un mayor grado de exactitud y rigor en la aprehensión de la realidad. Una realidad que inclusive resulta ser abierta, polisémica y paradójica, causando muchas dificultades al tratar de precisar tanto lo que Nietzsche dice, como lo que oculta o lo que simplemente sugiere. Con él, cambiamos las convencionales formas de ver y sentir la vida:

Es necesario que cambiemos nuestra manera de ver, para llegar por fin, quizá demasiado tarde, a renovar nuestra manera de sentir; [...] ¿qué es bueno? Todo lo que acrecienta en el hombre el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo. ¿Qué es malo? Todo

lo que proviene de la debilidad [...] (no del hombre como individuo, sino del hombre como naturaleza). (Nietzsche, 1994, p. 173).

A razón de lo mencionado, pensar cada categoría nietzscheana nos resulta algo retador, profundo, significativo y conflictivo que pudiera realizarse, con cada una, un trabajo de investigación muy extenso. Por ello, no pretendemos ni podemos agotar su riqueza significativa en este trabajo, ni tampoco es la intención dictar una última palabra al respecto, únicamente se desea exponer de manera general los puntos básicos que, consideramos, constituyen la columna vertebral del pensamiento filosófico de la “afirmación de la vida” que nos propone Friedrich Wilhelm Nietzsche.

2. Escisión Apolo-Dionisos

Desde la obra nietzscheana *El nacimiento de la tragedia* aparece un concepto en la filosofía del joven alemán que puede tomarse como hilo conductor para leer su obra, dicho concepto es el vínculo Apolo-Dionisio. El juego que hay entre estos dos dioses olímpicos sostiene el pensamiento de Nietzsche. Es a través de estas dos nociones que Nietzsche puede criticar la cultura contemporánea y la ciencia. De tal forma que consideramos importante describir primero las nociones de Apolo y Dionisos, antes que las cuatro ideas fundamentales del pensamiento del autor.

Apolo es un dios onírico, lo cual significa que el ser humano es capaz de crear imágenes de manera inconsciente, es decir, en sus sueños. Apolo es el creador del mundo de las imágenes “...[la] bella apariencia de los mundos oníricos, en cual producción cada hombre es artista completo, es el presupuesto de todo arte figurativo...” (Nietzsche, 1997b, p. 41). Dicho dios olímpico crea las imágenes conscientes e inconscientes del ser humano, es decir, crea las imágenes de los sueños y la realidad. Este mundo de imágenes, como tal, no deja de ser un mundo aparente, plural y disgregado.

Dionisos representa la realidad verdadera, es decir, la visión trágica del mundo, es el sentimiento de lo terrible, la muerte y la profundidad oscura. Este *phatos* trágico de la vida es “... una afirmación de ésta, un sentimiento jubiloso...” (Fink, 1984, p. 21).

Muy claramente Nietzsche nos señala que lo apolíneo es el mundo de las “...imágenes del sueño cuya perfección no mantiene conexión ninguna con la altura intelectual o con la cultura artística del hombre individual [y lo dionisiaco es la] realidad embriagada, la cual a su vez, [...] intenta incluso aniquilar al individuo y redimirlo mediante un sentimiento místico de unidad...” (Nietzsche, 1997, p. 46). Así podemos entender que Apolo simboliza el mundo de la claridad, la luz, el orden, la forma y lo bello; mientras que Dionisos representa al dios caótico, desmesurado, informe, desordenado, dios de la noche y del frenesí sexual. Lo que Nietzsche plantea con el antagonismo Apolo-Dionisos, es esa lucha entre la vida y la muerte,

el bien y el mal, el día y la noche, que más tarde se convertirá en la lucha de Dionisos contra el crucificado.

Nietzsche encuentra dicha contraposición en la tragedia griega, donde, de acuerdo con Fink "...en el fenómeno de lo trágico ve [...] la verdadera naturaleza de la realidad..." (Fink, 1984, p. 20), es decir, se revela la vida del mundo en lo trágico. La realidad para Nietzsche es el encuentro de contrarios primordiales, la presencia del antagonismo Apolo-Dionisos. Y justamente esta vida cósmica es la hermandad Apolo-Dionisos; esto es, que vida y muerte se entrelazan en un movimiento rotatorio que cuando algo nace otra cosa debe morir; cuando algo emerge al sol otra cosa debe sumergirse en la noche, y esto es lo que Nietzsche denomina contraposición entre lo apolíneo y lo dionisiaco. Así, la vida es el comienzo de la muerte y la muerte es una condición para la vida. Es decir, desde que nacemos empezamos a morir y una vez muertos algo debe nacer.

En Dionisos se unen lo onírico de Apolo y la embriaguez del propio Dionisos. Este vaivén entre la vida y muerte, luz y sombra, apariencia y realidad, orden y desorden, genera un caos que no excluye el orden. Un caos viviente donde la alegría siente el dolor y el sufrimiento experimenta gran felicidad.

La doctora Juliana González señala que "...la vivencia dionisiaca conlleva en su esencia misma esta síntesis dialéctica goce-dolor..." (González, 1997, p. 172). De tal forma que, podemos decir que en Dionisos se sintetiza la dialéctica Apolo-Dionisos. Nietzsche lo señala de la siguiente manera:

Esos dos instintos tan diferentes marchan uno al lado de otro, caso siempre en abierta discordia entre sí y excitándose mutuamente a dar a luz frutos nuevos y cada vez más vigorosos [...], por un milagroso acto metafísico de la voluntad helénica, se muestran apareados entre sí, y en ese apareamiento acaban engendrando la obra de arte a la vez dionisiaca y apolínea de la tragedia ática. (Nietzsche, 1997b, p. 41).

Es muy importante decir que en el *Ensayo de autocrítica (El nacimiento de la tragedia)* y en *Ecce Homo*, Nietzsche afirma que el contrapuesto a la visión dionisiaca del mundo es el socratismo: el pensamiento lógico y la racionalidad intelectual; en otras palabras, el aniquilador de Dionisos es la ciencia. Nietzsche señala: "...[lo] que yo conseguí aprehender entonces, algo terrible y peligroso, un problema con cuernos, no necesariamente un toro precisamente, en todo caso un problema nuevo: hoy yo diría que fue el problema de la ciencia misma la ciencia concebida por vez primera como problemática, como discutible..." (Nietzsche, 1997b, p. 27). ¿Qué significa esto? Que la verdad trágica, la verdad que hace evidente el vaivén constructivo y destructivo que es la vida, se enfrenta a la verdad científica que había visto a la vida de manera lógica, ordenada y racional. No olvidemos que en el siglo XIX el método llamado científico tuvo su auge y con él se buscaba dominar al medio ambiente por medio de los avances tecnológicos. Así podemos ver que con la óptica dionisiaca la vida se torna claroscuro. De tal manera que, a través del sueño de Apolo y la

embriaguez de Dionisos aparece por vez primera la concepción filosófica del mundo que tiene el autor de *El nacimiento de la tragedia*.

3. La muerte de Dios

En su obra *La gaya ciencia* Nietzsche nos reta y cuestiona a través de algunas de las siguientes interrogantes y aforismos:

¿Dónde se ha ido Dios?, grito, ¡Os lo voy a decir! ¡Lo hemos matado vosotros y yo! ¡Todos nosotros somos sus asesinos! Pero ¿cómo hemos hecho esto? ¿Cómo pudimos vaciar el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar todo el horizonte? ¿Qué hicimos al desatar esta Tierra de su Sol? ¿Hacia dónde va ella ahora? ¿A dónde vamos? ¿Alejándonos de todos los soles? ¿No estamos cayendo continuamente? ¿Hacia atrás, hacia un lado, hacia adelante, hacia todos los lados? ¿Existe todavía un arriba y un abajo? ¿No estamos vagando como a través de una nada infinita? ¿No cae constantemente la noche, y cada vez más noche? ¿No es preciso, ahora, encender linternas en pleno día? ¿No oímos aún nada del ruido de los sepultureros que entierran a Dios? ¿No percibimos aun nada de la podredumbre divina? ¡También los dioses se pudren! ¡Dios ha muerto! ¡Dios sigue muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado! (Nietzsche, 1996c, p. 163).

Cuando la ciencia de las primeras causas y principios ya no está rigiendo nuestra existencia, entonces, nadie ni nada puede dictarnos nuestro origen, ni nuestro proceso ni nuestra meta. Ya no nos constituimos a partir de algo predeterminado que se encuentra fuera de nosotros mismos. Por ello, la tabla que sostenía y daba sentido a mi existencia se esfuma y empiezo a caer en los abismos más profundos e inimaginables.

Cuando Dios muere, no sólo desaparece la tabla que fundamentaba nuestra estructura moral y natural, sino que con ello caemos y desaparecemos nosotros mismos, se desdibuja aquella identidad que me había sido dada, que me explicaba, nombraba y constituía. La tabla vieja desaparece en la oscuridad del fondo del océano, un mar que ya no existe. Las metas “vitales” se han desdibujado y parece ya no haber fines.

Ese ser humano que pensaba y sentía ser, no soy. La pregunta evidente ante esto es ¿Quién soy y hacia dónde voy? La muerte de Dios es una gran carencia de respuestas del quien, el para qué y el hacia dónde. Ya no hay quien me explique, quien designe mi vida, ni quien me dicte modelos del cómo debo vivir. Y es justamente en este momento cuando sentimos que nos alejamos de nuestro sol, ya no distinguimos un arriba de un abajo, la luz de la oscuridad, lo bueno de lo malo y vacío se hace evidente dentro de nuestro ser y hacer.

En *El nacimiento de la tragedia* podemos observar cómo Nietzsche niega al Dios judeocristiano, constituyendo a partir de dicho acontecimiento un “...dios-artista completamente amoral y desprovisto de escrúpulos, que tanto en el construir como en el destruir, en el bien como en el mal, lo que quiere es darse cuenta de su placer y su

soberanía...” (Nietzsche, 1997b, p. 31). Es decir, que niega al Dios judeocristiano afirmando a Dionisos.

Con la muerte del Dios judeocristiano cae también la moral de Occidente que proclama la voluntad de ocaso, entonces surge un mundo trágico, caótico, de la embriaguez, un mundo Dionisiaco donde “la tragedia se asienta en medio de ese desbordamiento de vida, sufrimiento y placer, en un éxtasis sublime y escucha un canto lejano y melancólico [...] Si, amigos, creed conmigo en la vida dionisiaca y en el renacimiento de la tragedia” (Nietzsche, 1997b, p. 164).

Fuera y dentro de nosotros existen grandes mentiras y enormes mentirosos que se ocultan bajo disfraces y máscaras, como un camaleón. Esto es que las cosas, palabras, actitudes, imágenes y valores que son “normales” y aceptados por los demás, pueden ser el mayor de los engaños los cuales ocultan verdades que no hemos querido ver, oír ni sentir. Definitivamente es mucho más cómodo para la masa humana y hombres religiosos ser vigilados, castigados, premiados, dirigidos, perdonados y amados “incondicionalmente y eternamente”; que ser dejados a la deriva con verdades no existentes, que no están dadas y deben construirse.

Este hombre religioso está acostumbrado a luchar por una salvación, por asegurar una “vida” maravillosa en el más allá, sin embargo, cuando Dios muere, cuando su salvación y vida eterna mueren, entonces el dolor es muy profundo y el caos interno del ser humano se hace evidente. “...El cristianismo nació para dar un alivio al corazón; pero ahora necesita primero abrumar el corazón; para luego poder aliviarlo. Por consiguiente perecerá...” (Nietzsche, 1996b, p. 116), entonces la muerte de Dios es inevitable, el Dios como dogma, como dictador y legislador está agonizando.

Como bien advierte Savater lo que ha muerto es la idea monoteísta de Dios, esto es, que ha fallecido la idea única, totalizadora, absoluta, inamovible y verdadera de aquel ser legislador y dictador de normas morales; el impositor del bien y del mal. Sin embargo, “el bien y el mal como tal no han desaparecido de la vida del ser humano. Asesinar a un hombre seguirá siendo considerado un acto malvado.” (Savater, 1993, p. 68).

El Dios judeocristiano es una meta, un fin a alcanzar, una culminación, ahora con la visión politeísta no podemos hablar de una única meta, sino de puntos culminantes de poder. “...Es tiempo de que el hombre fije su propia meta. Es tiempo de que el hombre plante la semilla de su más alta esperanza...” (Nietzsche, 1998a, p. 38). Para que el hombre logre percibir lo más nítidamente posible su más alta esperanza, es necesario cosechar pequeñas esperanzas, y alcanzar pequeñas metas.

Al quitarle a Dios las riendas de nuestra forma y fondo de vida y tomarlas para dirigir y crear cada ser humano su vida, habrá tantos dioses como seres humanos en el mundo; únicamente verdaderos seres humanos y no simples mortales. Un ser humano tiene conciencia de la muerte de Dios, de su voluntad de poder y de su propia creación y trascendencia; tiene un compromiso vital. Un simple mortal es aquel que se dedica a existir, a conservarse únicamente como especie del reino animal y no distingue entre el amanecer y la caída del sol.

A lo que puede aspirarse, en un primer momento, con la muerte de Dios, es a negar esas verdades falsas dictadas por la religión judeocristiana y la ciencia, y encontrar a partir de ello una realidad vivida, es decir, no aparente, no ilusoria, no del más allá sino del más acá.

Cuando Dios muere es necesario crear nuevos lenguajes que renombren la realidad y transgredan lo legítimo y lo establecido. Nietzsche dice que:

Las palabras son signos-sonidos de conceptos; pero los conceptos son signos-imágenes, más o menos determinados, de sensaciones que se repiten con frecuencia y aparecen juntas, de grupos de sensaciones. Para entenderse unos a otros no basta ya con emplear las mismas palabras [...]. Cuáles son los grupos de sensaciones que se despiertan más rápidamente dentro de un alma, que toman la palabra, que dan órdenes: eso es lo que decide sobre la jerarquía entera de sus valores eso es lo que en última instancia determina su tabla de bienes. (Nietzsche, 1997c, pp. 235-236).

De tal manera que lo que puede ser bueno, positivo, correcto para unos no lo es para todos; esta posibilidad de dudar sobre lo bueno, positivo y correcto, así como de lo malo, negativo e incorrecto es la muerte de Dios. El Dios judeocristiano es una verdad que convierte todo en falsedad, dicho Dios oculta verdades vitales, bajo mentiras de muerte. En *el Anticristo* podemos aprender que:

El concepto cristiano de Dios – Dios como Dios de los enfermos, Dios como araña, Dios como espíritu – es uno de los conceptos de Dios más corruptos a que se ha llegado en la tierra; tal vez represente incluso el nivel más bajo en la evolución descendiente del tipo de los dioses. ¡Dios degenerado a ser la contradicción de la vida, en lugar de ser su transfiguración y su eterno sí! ¡En Dios, declarada la hostilidad a la vida, a la naturaleza, a la voluntad de vida! ¡Dios, fórmula de toda calumnia del más acá, de toda mentira del más allá! ¡En Dios, divinizada la nada canonizada la voluntad de nada! (Nietzsche, 1997a, p. 43).

La muerte de Dios acaba con este concepto judeocristiano de Dios, el cual niega la vida. En síntesis, la muerte de Dios el fin de la ciencia de las primeras causas, lo que significa la desaparición de la vieja tabla de valores por lo que se derrumba la estructura moral de Occidente, muere la idea monoteísta de Dios, y es evidente la carencia de respuestas.

La muerte de Dios causa un enorme vacío interno. Entonces de lo que se trata es de aprender a vivir con ello y no de volver a llenarlo con nuevas verdades falsas. Hay que reconocernos como seres humanos carentes de..., inacabadas y en proceso. Este conocimiento de aniquilación divina es un reto porque "...Dios ha muerto: pero siendo los hombres lo que son, habrá acaso aún por espacio de milenios cuevas donde se muestre su sombra. ¡Y nosotros tenemos que vencer también su sombra!..." (Nietzsche, 1996c, p. 149). Desdibujar esa sombra es nuestro reto, encontramos en la oscuridad provocada por la sombra divina nuestro estado, buscar la luz en este valle de sombras es un desafío.

4. El nihilismo

Con la muerte de Dios se llega al final de la creencia en un ideal, incluso se llega a la devaluación de los valores, esto sumerge a la humanidad en una gran angustia, ya que todo lo que hasta entonces tenía sentido deja de tenerlo. Junto con este fin llega la categoría del nihilismo, es decir, la tendencia hacia la “nada”, hacia el “sin sentido”. Dios como finalidad, meta, verdad, valor supremo e ideal desaparece; lo que provoca un vacío que evidencia la nada la única certeza desesperante es que nada tiene sentido. Con dicho termino, Nietzsche niega los valores morales tradicionales y las creencias metafísicas tradicionales. “El nihil, dice Deleuze, no significa el no-ser, sino un valor que es un valor de la nada” (Deleuze, 1998, p. 207).

Existe una forma de nihilismo que es la propia moral cristiana “...el nihilismo se enraíza en una interpretación muy determinada, en la cristianomoral...” (Nietzsche, 1998b, p. 31), esto significa que el Dios judeocristiano es la máscara de la nada, a esto se le llama nihilismo implícito. La muerte de Dios propicia el desenmascaramiento de sí mismo; saca a la luz la nada, el vacío y la carencia de sentido, esto desemboca en la tendencia nihilista.

Una vez aceptada la muerte de Dios, Nietzsche distingue en la voluntad de poder tres formas psicológicas del nihilismo:

- Como fin: Esto es “...la desilusión sobre una supuesta finalidad del devenir...” (Nietzsche, 1996d, p. 36), lo que significa que uno puede pensar y querer alcanzar algo, lo cual no garantiza que se alcance con los medios empleados para ello.

- Unidad: Que es la “...fe del hombre en un sentimiento profundo de conexión y dependencia de todo infinitamente superior a él, un modus de la divinidad...” (Nietzsche, 1996d, p. 36), que es la creencia en una totalización, organización y sistematización.

- Verdad: Enmarcada en el “...no creer en un mundo metafísico, y que se prohíbe igualmente, la creencia en un verdadero mundo...” (Nietzsche, 1996d, p. 37), esto es que, al darse cuenta que el fin y la unidad del mundo bajo los cuales se estaba viviendo son falsos, entonces, se pretende crear un nuevo mundo considerado “verdadero”; sin embargo, dicha verdad es inexistente, por lo que dicho mundo verdadero no puede ser.

En este sentido, el mundo y la vida quedan desnudos ante la carencia de valores. El fin último, la unidad totalizadora y lo considerado verdadero, conceptos bajo los cuales se valoraba el mundo y la vida, pierden su valor. A esta pérdida de valor se le llama nihilismo explícito y extremo. De tal modo que debemos entender el nihilismo como el hecho de “...que los valores supremos pierden validez. Falta la meta; falta la respuesta al ¿por qué?...” (Nietzsche, 1996d, p. 33).

En su libro titulado *La voluntad de poder*, Nietzsche menciona un doble sentido del nihilismo, “el nihilismo como signo del creciente poder del espíritu: nihilismo activo. Y el

nihilismo como decadencia y retroceso del poder del espíritu: nihilismo pasivo...” (Nietzsche, 1996d, p. 41).

El segundo es una negación total de la vida, encontrando como justificante la propia crueldad de la vida. Desde nuestro punto de vista este tipo de nihilismo es anunciado más no desarrollado por Nietzsche, es un excelente pretexto para las mentes débiles y los esclavos, una excusa para justificar su muerte sin luchas y sin conquistas, es una forma de dejarse morir bajo la bandera del “en vano”. Sin embargo, el primer nihilismo, el activo, el desarrollado por Nietzsche, es un nihilismo que potencia la voluntad de poder, es un nihilismo que “...no admite ninguna falsificación idealista de la vida [...] que mira valientemente al rostro de la Gorgona y, a pesar de todo, dice sí al mundo, a la tierra, a la vida, al destino humano...” (Fink, 1984, p. 184). Este nihilista es un héroe que se enfrenta al vacío, al grito de la nada y es un auténtico desvalorizador de los valores vigentes, lo verdadero deja de serlo y lo considera bueno y malo son aspectos transmutados.

Es importante considerar que el nihilismo es un momento de transición entre la decadencia y el florecimiento. Es la decadencia de los viejos valores y el nacimiento de una nueva forma de vida o una nueva experiencia del ser. No se es joven y creciente por siempre, finalmente “...el inicio de un crecimiento decisivo y completamente esencial, del paso a nuevas condiciones de existencia, sería que viniera al mundo la más extrema forma de pesimismo, el auténtico nihilismo...” (Nietzsche, 1998b, p. 87), esto es, que sólo a partir de la negación del valor y de la afirmación de la nada puede mutarse la esencia del ser humano, éste puede transvalorar los valores a partir de la nada y así pasar a algo diferente. El ser humano nunca deja de valorar, aun dentro de la tendencia nihilista. Así, podemos ver que el nihilismo es un intermedio entre el ocaso del crucificado y el amanecer del superhombre. “...lo que relato es la historia de los próximos dos siglos. Describo lo que viene, lo que ya no puede venir de otra manera: el advenimiento del nihilismo” (Nietzsche, 1998b, p. 115).

5. El superhombre

En la categoría de superhombre, ultrahombre o suprahombre, Nietzsche nos presenta una persona capaz de generar su propio sistema de valores identificando como bueno todo lo que procede de su genuina voluntad de poder.

Sera posible ¡Este viejo santo en su bosque no ha oído todavía nada de que Dios ha muerto! [...] Yo os enseño el superhombre. El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho para superarlo? [...] El superhombre el sentido de la tierra. ¡Yo os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra y no creáis a quienes os hablan de esperanzas sobreterrenales! Son envenenadores lo sepan o no. (Nietzsche, 1998a, p. 34).

El superhombre es el resultado de la autosuperación, es un camino esencial en el hombre mismo. Nietzsche dice que “...el hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre, [...] la grandeza del hombre está en ser un puente y no una meta: lo que en el hombre se puede amar es que es un tránsito y un ocaso...” (Nietzsche, 1998a, p. 36). Así tenemos que la superación y la transformación del hombre llevan al superhombre.

Cuando Dios muere el lenguaje del ser humano ya no va dirigido a nombrar a Dios sino a él mismo, ya no se trata de crear para el más allá, para el santo; sino de crear en y para el ser humano, en y para la tierra. Ahora los ideales del ser humano son proyectados hacia él mismo.

Fink señala que la imagen del superhombre es el sentido de la tierra, es “...[devolverle] a la tierra lo que ella había prestado y lo que se le había robado [al alabar a Dios], [renunciar] a todos los sueños ultramundanos y [volver] a la tierra con la misma pasión que antes se dedicaba al mundo de los sueños...” (Fink, 1984, p. 81). El superhombre es aquel ser fuerte que se abre paso entre los hombres para curarse a sí mismos como sujeto del devenir. No se limita, no se conforma con lo establecido, siempre quiere ser más, vive en constante dinamismo creativo. No sólo niega valores, sino que los transforma.

El ser humano al relacionarse con la tierra también lo hace con su propio cuerpo, la escisión que se había generado entre cuerpo y alma en la doctrina del Dios judeocristiano queda sanada y provoca que este ser humano se constituya de cuerpo y alma. “...Cuerpo soy yo y alma así habla el niño ¿y por qué no hablar como niños?...” (Nietzsche, 1998a, p. 60). El niño entendido como la última transformación del espíritu, como aquel espíritu que quiere ahora su voluntad, conquista su mundo, proyecta nuevos valores y es una auténtica soltura del querer creador.

Con la muerte de Dios se posibilita el autoconocimiento, la crítica científica de todas las cosas terrenales, Savater dice que “...el superhombre será el héroe más la conciencia, el héroe-pensador, el filósofo venidero...” (Savater, 1993, p. 153). El superhombre es el héroe afirmador porque dice sí a la vida, a la fuerza, al pathos, al caos y a la diferencia (Granier, 1995, p. 102). El superhombre sólo puede pensarse a partir del último hombre el cual ha aceptado la muerte de Dios.

El superhombre es: una posibilidad como directriz que marca desde lo real del aquí y ahora, desde este espacio y tiempo; es un proyecto como bosquejo del artista que le guía en su creación y se convierte en recompensa desde el momento mismo en que pone en marcha la libertad de la obra (Savater, 1993, p. 154); es una esperanza cuya situación es la realidad del último hombre, su hora cósmica es la esperanza suprema contra todos los valores morales falsos (Fink, 1984, p. 78).

Por tanto, la tarea que Nietzsche asigna al superhombre es por demás intensa: el superhombre será el responsable en primera instancia de romper con la moral de los valores

impuestos y de negarse a vivir siguiendo al rebaño. Pero lo más difícil de la tarea será el rescate del sentido ético de la vida, sentido que originalmente desarrollaron los nobles en la moral griega. En este contexto, corresponde al superhombre asumir la voluntad de poder como voluntad vital que le permita asumir su libertad, elegir sus acciones y, en consecuencia, crear sus valores al margen de cualquier imposición y de cualquier postura negativa frente a la vida. El superhombre, al vivir respondiendo auténticamente a su impulso vital no sólo rompe con la moral tradicional, sino además implícitamente termina con el mundo trascendente, afirmando la inmanencia de la tierra como fuente de todos los valores.

6. La voluntad de poder

Dios no muere sólo como idea ni como símbolo, sino también muere desde sus raíces en nuestros corazones; el vacío interno, el gran abismo que deja es aterrador; sin embargo, deja de serlo cuando nos damos cuenta de que podemos empezar a ganar nuestra propia libertad. Esta libertad que debe ser entendida como la voluntad de autorresponsabilidad, la libertad no se tiene, sino que se quiere y se conquista, ser libre implica ser osado, valiente, seguro de sí, responsable y tener una férrea voluntad.

La categoría voluntad de poder provoca la libertad del ser humano y “...el hombre libre es un guerrero” (Nietzsche, 1996, p. 115), y es un guerrero porque lucha para superarse constantemente a sí mismo, para permanecer arriba, la voluntad de poder es tener necesidad de ser fuerte y libre. Una libertad que se genera en la medida que el ser humano puede construirse, para posteriormente edificarse sobre sí mismo “...Vete con tus lágrimas a tu soledad, hermano mío. Yo amo a quien quiere crear por encima de sí mismo, y por ello perece...” (Nietzsche, 1998a, p. 104). Esto es voluntad de poder, crear creadores.

Esta libertad se basa en la vida humana, en la tierra, tal como nos dice Eugen Fink (1984, p. 81), la vida de la tierra es para Nietzsche la voluntad de poder. Pensamos que esto sólo es pensable si concebimos a la madre tierra como potenciadora y creadora de gérmenes de la vida humana y no sólo de existencia. Ahora bien, dicha libertad no está dirigida al más allá, al anhelado cielo en el que Dios habita, “...[es una] libertad para la tierra, que es el seno del que surge todo lo que nace y ocupa un lugar y un sitio en el tiempo, al hacer esto, la existencia humana adquiere a pesar de todos los riesgos una estabilidad última...” (Fink, 1984, p. 90). El mismo Zaratustra nos enseña “...¡[yo] os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra y no creáis a quienes os hablan de esperanzas sobrenaturales! Son envenenadores, lo sepan o no...” (Nietzsche, 1998a, p. 34).

Es importante decir que la libertad conquistada, no es una “libertad de” sino una “libertad para”. Esto es qué, el león como transformación del espíritu se libera de Dios, de la carga que lo oprimía y de los valores antiguos; sin embargo esta lucha aún no es proyectada hacia el superhombre. Una vez que el león se transforma en niño, el espíritu quiere su voluntad,

conquista su mundo, proyecta nuevos valores, es una soltura del querer creador; entonces sí, el niño se “libera para”. El niño es un creador y como tal es inacabado, móvil, sediento de vida, libertad y precedero. Así que cuando un creador es, entonces elige su propio camino, y elige fundar sus propias verdades. Este momento llega justamente al mediodía.

Cuando Dios muere la tabla de los valores que sostenían nuestra vida moral se derrumba. Ahora ya no hay ni tabla ni plataforma de acero que pueda sostener el sentido y significado de nuestra vida; entonces hay que crear nuevas tablas. “...Una tabla de valores está suspendida sobre cada pueblo. Mira es la tabla de sus superaciones, mira es la voz de su voluntad de poder...” (Nietzsche, 1998a, p. 95). La voluntad de poder es voluntad de ser, es voluntad de creación, es voluntad de realización de valores. Para crear valores hay que saber para qué, hay que tener un motivo y un fin para crearlos, practicarlos y transformarlos, hay que tener espíritu de niño el cual dice “sí” a la vida y se atreve a buscar y descubrir la vida como voluntad de poder.

La voluntad de poder que puede alcanzarse con la muerte de Dios, no es algo heredado, ni naturalmente dado, sino es algo que se conquista en cada amanecer, en cada instante, en cada acto.

¿Voluntad de verdad llamáis vosotros, sapientísimos, a lo que os impulsa y os pone ardorosos? Voluntad de volver pensable todo lo que existe: ¡así llamo yo a vuestra voluntad! Ante todo queréis hacer pensable todo lo que existe, pues dudáis, con justificada desconfianza, de que sea ya pensable ¡Pero debe amoldarse y plegarse a vosotros! Así lo quiere vuestra voluntad. Debe volverse liso, y someterse al espíritu, como su espejo y su imagen reflejada. Esa es toda vuestra voluntad, sapientísimos, una voluntad de poder: y ello aunque habléis del bien y del mal y de las valoraciones. (Nietzsche, 1998a, p. 169).

107

Marzo
Abril
2019

Cuando Zarathustra dice “voluntad de volver pensable todo lo que existe ¡así llamo yo a vuestra voluntad!” (Nietzsche, 1998a, p. 188), significa que podemos apropiarnos de nuestro mundo no aparente sino real y moldearlo a partir de la transmutación y aniquilación de valores, por eso la voluntad de poder está más allá del bien y del mal. También es aprehender la vida desde nuestra mirada, a través de nuestros ojos, oídos, nariz, boca y manos; porque “...de los sentidos es de donde procede toda credibilidad, toda buena conciencia, toda evidencia de la verdad...” (Nietzsche, 1997c, p. 104). Es modificar la vieja tabla axiológica desde nuestros pensamientos y sentimientos.

En todos los lugares donde hay seres vivos que viven su vida hay voluntad de poder, pero esto no debe confundirse con la existencia; no todo el que existe biológicamente tiene voluntad de poder. Este complejo fenómeno de adaptación al medio que todos los seres vivos tenemos es la consecuencia más común de la voluntad de poder. El mismo Nietzsche nos enseña “[algo] vivo quiere, antes que nada, dar libre curso a su fuerza, la vida misma es voluntad de poder: la autoconservación es tan sólo una de las consecuencias indirectas y más frecuentes de esto...” (Nietzsche, 1997c, p. 34).

Debe considerarse a la voluntad como un querer, porque “...el querer hace libres; esta es la verdadera doctrina acerca de la voluntad y la libertad...” (Nietzsche, 1998a, p. 133), y al poder como la capacidad que se tiene de transformar y de decidir. Así la voluntad de poder posibilita la humanización del hombre y humanizar significa ordenar y obedecerse a sí mismo, a partir del propio querer, es el ejercicio de los valores, virtudes y derechos fundamentales (equidad, justicia, vida, libertad, felicidad, etcétera). Ya que:

“Todo ser viviente es un ser obediente. [...] mandar es más difícil que obedecer. Y no sólo porque el que manda lleva el peso de todos los que obedecen, y ese peso fácilmente lo aplasta [...] cuando se manda a sí mismo tiene que expiar su mandar. Tiene que ser juez y vengador y víctima de su propia ley” (Nietzsche, 1998a, p. 170).

El mandato y la obediencia son dos aspectos básicos en la voluntad de poder y no sólo uno a uno, o de grupo a grupo, sino de sí mismo a sí mismo. Así entramos a lo que Nietzsche llama “...libertad de la voluntad y esto es esencialmente el efecto de superioridad con respecto a quien tiene que obedecer: yo soy libre “él” tiene que obedecer...” (Nietzsche, 1997c, p. 39).

Voluntad de poder es querer la diferencia y la desigualdad. No se busca la igualdad porque ésta es la venganza de los desafortunados. “...Así os hablo en parábolas a vosotros los que causáis vértigo a las almas, ¡vosotros los predicadores de la igualdad! ¡Tarántulas sois vosotros para mí, y vengativos escondidos! [...] y vuestra venganza destaque detrás de vuestra palabra justicia...” (Nietzsche, 1998a, p. 151). La voluntad de justicia es aquella que busca la desigualdad entre los seres humanos. Porque somos seres humanos, somos diferentes, jamás debe igualarse a los desiguales, porque se asesina el alma.

En “la canción de la noche” (Nietzsche, 1998a, p. 159), Nietzsche señala que la voluntad de poder es ese deseo de luz en la oscuridad, sol en lo nocturno y soledad en la muchedumbre. “...Y cuando hablé a solas con mi sabiduría salvaje, me dijo encolerizada: tú quieres, tú deseas, tú amas, ¡sólo por eso alabas tú la vida!...” (Nietzsche, 1998a, p. 163) alabas tú la voluntad de poder. La voluntad de poder es voluntad de vida. Como nos dice Fink en “la canción del baile” (Fink, 1984, p. 95), canta la vida.

En “la canción de los sepulcros” (Nietzsche, 1998a, 165) la voluntad de poder ve hacia un futuro deseable y por ello debe sepultar la vida ya vivida. La lápida donde se escribe el fallecimiento de aquel pasado vivido, sirve a la voluntad de poder de escalón, por que posibilita la perspectiva al futuro posible y deseable.

Algo peor que habéis hecho que todos los homicidios; algo irrecuperable me habéis quitado; ¡así os hablo a vosotros, enemigos míos! ¡Pues habéis asesinado las visiones y los amadísimos prodigios de mi juventud! ¡Me habéis quitado mis compañeros de juego, los espíritus bienaventurados! En recuerdo suyo deposito esta corona y esta maldición. (Nietzsche, 1998a, p. 166).

“Mira, dijo, yo soy lo que tiene que superarse siempre a sí mismo...” (Nietzsche, 1998a, p. 171). Esta superación no sólo es a nivel individual, sino colectivo. Las sociedades tienden a superar y crear productos de poder constantemente, ascienden a un nuevo escalón, dichos ascensos se logran cuando los múltiples grupos y productos de poder desean más poder, lo cual se genera con la “...lucha constante y el antagonismo de todo lo existente individual contra todos los demás...” (Fink, 1984, p.95). Savater diría fuerzas en tensión que se contraponen, se subyagan y se complementan. Fink apunta que:

[...] en el juego de la vida mora la diferencia, que pone límites y crea hostilidades entre todos los seres individuales. Pero los límites están en movimiento: lo uno intenta dominar a lo otro: la voluntad de poder no es la tendencia a detenerse en una posición de poder ya conquistada, sino que es siempre voluntad de sobre poder. (Fink, 1984, p. 96).

Debemos entender a la voluntad de poder como algo que va más allá del deseo individual, aunque de él se genere. La voluntad de poder se experimenta y se siente, es una fuerza que mueve a los individuos a superarse siempre a sí mismos, es vencerse en cada momento para ascender al próximo escalón. La voluntad de poder es el transcurrir de la vida misma. “En verdad, yo os digo: ¡Un bien y un mal que fuesen imperecederos no existen! Por sí mismos deben una y otra vez superarse a sí mismos [...] Y quien tiene que ser un creador en el bien y en el mal: en verdad, ése tiene que ser antes un aniquilador y quebrantar valores” (Nietzsche, 1998a, p.172).

Se quebrantan valores en el bien y en el mal porque hay voluntad de poder y hay voluntad de poder porque se tiene posibilidad de valorar, de decir sí o de decir no. Savater dice que “el poder es precisamente lo que estalla jubilosamente, crece y conquista, crea y ante todo valora” (Savater, 1993, p. 111). La voluntad de poder transmuta valores porque hay un insaciable deseo de realizar el poder. Cuando se quebrantan los valores se llega a la antítesis de ellos, entonces se está más allá del bien y del mal.

“...La voluntad no puede querer ir hacia atrás: el que no pueda quebrantar el tiempo ni la voracidad del tiempo ésa es la más solitaria tribulación de la voluntad...” (Nietzsche, 1998a, p. 205). Y esto es porque la voluntad de poder va por caminos ascendentes, superiores, esperanzadores y sobre todo posibles, la voluntad de poder ve hacia un futuro posible, no se queda con la inmutabilidad del pasado, sino con el movimiento constructivo del futuro.

Por tanto, la voluntad de poder se compone de fuerza que puede ser sentida, oponer resistencia, dar forma, transformar o simbolizar. La fuerza es acción, violencia y antiviolencia. La resistencia y la tensión que se crea entre fuerzas genera un caos que provoca un cambio en el qué, cómo y para qué del ser humano. También la voluntad de poder es pathos, es todo lo que el ser humano puede sentir, en forma de dolor, alegría, cólera, odio,

tristeza, placer, etcétera. Por otro lado, la voluntad de poder es ir más allá de las valorizaciones de todos los valores, es cambiar los valores, es la transmutación de los valores. De acuerdo con Fink, la voluntad de poder no puede ascender infinitamente, superarse y sobrelevarse siempre y siempre hacia lo inabarcable durante toda una eternidad (Fink, 1984, p. 97). Sin embargo ¿hasta dónde podemos hablar de la finitud del tiempo, para afirmar la finitud de la voluntad de poder en lo temporal?

Decir sí a la vida y al tiempo significa afirmar el placer como más originario que el sufrimiento, ya que gracias a aquél se quiere el eterno retorno de todo cuanto es y ha sido, por él escapamos al anhelo de otro mundo distinto de éste y deseamos seguir perteneciendo a esta Tierra. Por el placer, cada cosa se descubre rica y sobreabundante. En última instancia, el descubrimiento nietzscheano de la eternidad del placer conlleva a una afirmación de la inmanencia y con ello a una ruptura de toda dualidad; en dicho descubrimiento Nietzsche encuentra aquello que le permite afirmar el todo de la vida, aún en el sufrimiento.

Como podemos ver, la relación entre voluntad de poder y tiempo abre las puertas a la cuarta y última categoría fundamental del pensamiento de Friedrich Nietzsche “El eterno retorno de lo mismo”.

7. El eterno retorno de lo mismo

La idea del eterno retorno de lo mismo nos lleva a la concepción del tiempo que Nietzsche tiene, así la pregunta esencial en este momento es ¿qué significa el tiempo en la vida?

Es importante señalar que dado que la voluntad de poder es la movilidad de lo existente, esto sólo puede ser en el transcurrir del tiempo y proyectada al futuro, no puede pensarse una voluntad de poder fuera de lo temporal y que quiere ir hacia atrás. De esta manera podemos notar la relación que existe entre las cuatro categorías fundamentales de Nietzsche “...el superhombre se basa, en cuanto a su posibilidad, en la muerte de Dios; ésta, en el conocimiento de la voluntad de poder, y ésta a su vez, en el corredor del tiempo...” (Fink, 1984, p. 100).

“...Te has arrojado a ti mismo hacia arriba, más toda piedra arrojada ¡tiene que caer!...” (Nietzsche, 1998a, p. 224). Esto es que todo proyecto debe llegar a un final, Fink dice que no es posible una ascensión infinita, pues el tiempo infinito lo impide, y esto gracias al espíritu de la pesadez que genera la caducidad de los proyectos. En el apartado titulado “de la visión y del enigma” del Zarathustra, podemos leer de dos formas la idea del eterno retorno. La primera se enuncia así:

Dos caminos convergen aquí: nadie los ha recorrido aún hasta su final. Esa larga calle hacia atrás dura una eternidad. Y esa larga calle hacia adelante es otra eternidad. Se contraponen esos caminos, chocan

derechamente de cabeza y aquí, en este portón, es donde converge. El nombre del portón está escrito arriba “Instante” [...] Toda verdad es cuerva, el tiempo mismo es un círculo [...] ¡Mira continué diciendo, este instante! Desde este portón llamado Instante corre hacia atrás una calle larga, eterna a nuestras espaldas yace una eternidad. Cada una de las cosas que pueden correr, ¿no tendrá que haber recorrido ya alguna vez esa calle? Cada una de las cosas que pueden ocurrir, ¿no tendrá que haber ocurrido, haber sido hecha, haber transcurrido ya alguna vez? [...] ¿No tenemos todos nosotros que haber existido ya? (Nietzsche, 1998a, p. 224).

Esto es que si se considera a ambas calles eternas no puede haber acontecimiento nuevo eternamente por lo que la eternidad del pasado, por un lado, exige que haya sucedido ya todo lo que puede acontecer y, por otro lado, que la eternidad del futuro asegura la repetición de los acontecimientos pasados. Fink le llama a estas dos eternidades el tiempo total.

Como podemos ver, Nietzsche nos presenta primero que el eterno retorno de lo mismo es la repetición infinita de los acontecimientos del pasado en el futuro. Todo lo que hice ayer lo hago hoy y lo haré mañana, no hay nada nuevo por hacer-ser, no hay nada nuevo bajo el sol. La muerte de Dios, el superhombre y la voluntad de poder son ideas, bajo esta concepción del eterno retorno, sin sentido. Sin embargo, existe otra forma de interpretar el eterno retorno:

Pero allí por tierra un hombre [...] Vi a un joven pastor retorciéndose, ahogándose, convulso, con el rostro descompuesto, de cuya boda colgaba una pesada serpiente negra [...] Mi mano tiró de la serpiente, tiró y tiró: ¡en vano! No conseguí arrancarla de allí. Entonces se me escapó un grito ¡Muerde! ¡Muerde! ¡Arráncale la cabeza! ¡Muerde! [...] el pastor mordió, tal como se lo aconsejó mi grito; ¡dio un buen mordisco! Lejos de si escupió la cabeza de la serpiente y se puso en pie de un salto. Ya no pastor, ya no hombre, ¡un transfigurado, iluminado, que reía! ¡Nunca antes en la tierra había reído hombre alguno como él río! (Nietzsche, 1998a, p. 227).

Fink indica que la serpiente simboliza el eterno retorno, lo que asfixia y asquea al ser humano que la devora, el cual cree en el superhombre, en la muerte de Dios y en la voluntad de poder. Una vez que el pastor muerde la cabeza de la serpiente y con ello recupera el aliento supera la idea del eterno retorno como el sin sentido del ser humano, donde se consideraba inútil la creación del superhombre, absurda la muerte de Dios e imposible la voluntad de poder.

Tenemos así una diferente concepción del eterno retorno. “...Todo está todavía por hacer, tal como nos decidamos ahora, nos decidiremos constantemente en el futuro; cada instante posee un significado que trasciende la vida individual...” (Fink, 1984, p. 106). En *La gaya ciencia* dice “...¿Cómo necesitarías amarte a ti mismo y a la vida, para no desear nada más que esta última y eterna confirmación y ratificación?...” (Nietzsche, 1996c, p. 252). Sin embargo, esta concepción no abandona la idea de repetición cíclica de acontecimientos.

En suma, el eterno retorno de lo mismo es la repetición cíclica e infinita de acontecimientos, este fenómeno puede pensarse negativamente al considerar que ya no hay ni

habrá nada nuevo por hacer, por crear ni por pensar; o bien, puede pensarse positivamente, al darse cuenta que cada acto, cada pensamiento, cada creación y cada instante tiene un significado trascendental y único.

8. Conclusión

A través de este escrito, intenté presentar, partiendo del aforismo metafórico de la muerte de Dios, las relaciones conceptuales en las categorías filosóficas de Friedrich Nietzsche; las cuales son: el nihilismo, el superhombre, la voluntad de poder y el eterno retorno. Conceptos que permiten entender la filosofía nietzscheana desde una corriente dialéctica del vitalismo, cuyo interés es la búsqueda de sentido a la vida desde el accionar-devenir del hombre. Siendo imperativo, re-pensarnos desde Nietzsche la manifiesta importancia que guarda en el presente y anotar que en la actualidad, su filosofía puede ser rescatable, en una época en donde la vida ha sido llevada a una encrucijada en donde el sin sentido, la confusión, la cosificación y la ignorancia son sus principales características.

Vivir en el mundo que nos sugiere Nietzsche, no es para cualquiera, pues sugiere ser un rebelde, un intempestivo y un emancipador de todos los paradigmas morales y sociales; Nietzsche nos invita a decir sí a la vida desde nuestros más bajos instintos y deseos de querer ser. Es a través de sus categorías, dónde nos encontramos a nosotros mismos, y damos un nuevo sentido a la vida, afirmándola y negando todos los valores morales, aceptando como primera instancia el eminente aforismo de la muerte de Dios. Una muerte dolorosa que nos permitirá pasar al sin sentido y vacío existencial, pero que es necesaria, porque sólo así podremos dar sentido a la nada, creando nuestra nueva tabla de verdades originarias, aceptando el devenir eterno de esta Tierra y engendrando una nueva ontología que afirme la vida y su existencia.

“El alma debe disponer también de cloacas donde verter sus basuras. Para este fin, pueden servir muchas cosas; personas, relaciones, clases sociales, tal vez la patria e incluso el mundo, y, por último, para los más orgullosos (es decir, para nuestros buenos «pesimistas» modernos), el buen Dios.” (Nietzsche, 1880, p. 59).

En síntesis, Nietzsche, no es un filósofo sencillo de entender ya que gran parte de sus obras están repletas de metáforas y aforismos; obras, que además, están enmarcadas en el género novelístico literario. Por lo cual, fue necesario reanalizar sus concepciones y posturas para no caer en interpretaciones que causasen confusión y así, plasmar de la mejor manera su filosofía del decir: “¡sí a la vida!”, desprendiéndonos del “deber ser” para alcanzar el “querer ser” a partir de la aceptación del argumento metafórico de la muerte de Dios y, por tanto, la inminente creación de una nueva tabla de “valores morales” que nos permita re-afirmarnos la

vida. “El secreto de la existencia humana no solo está en vivir, sino también en saber para qué se vive.” (Dostoievski, 2011, p. 213).

Bibliografía

- Deleuze, Guilles. (1998). *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama.
- Fink, Eugen. (1984). *La filosofía de Nietzsche*. (Tr. Andrés Sánchez Pascual). 6ta ed. Madrid: Alianza.
- Dostoievski, Fiódor. (2011). *Los hermanos Karamázov*. (Tr. Augusto Vidal Roget). Madrid: Alianza.
- González, Juliana. (1997). *Ética y libertad*. México: Fondo de cultura económica / UNAM.
- Granier, Jean. (1995). *¿Qué se? Nietzsche*. (Tr. Juan C. Cruz). México: Publicaciones Cruz O.
- Nietzsche, F. (1880). *El caminante y su sombra*. España: Plutón ediciones.
- Nietzsche, F. (1994). *Aurora. Reflexiones sobre la moral como prejuicio*. España: M. E. editores.
- Nietzsche, F. (1996a). *El crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa con el martillo*. (Tr. Andrés Sánchez Pascual). México: Alianza.
- Nietzsche, F. (1996b). *Humano demasiado humano*. (Tr. Carlos Vergara). Madrid: Edaf.
- Nietzsche, F. (1996c). *La gaya ciencia*. (Tr. Charon Crego y Ger Groot). México: Fontamara.
- Nietzsche, F. (1996d). *La voluntad de poder*. (Tr. Aníbal Frouff). Madrid: Edaf.
- Nietzsche, F. (1997a). *El anticristo. Maldición sobre el cristianismo*. (Tr. Andrés Sánchez Pascual). México: Alianza.
- Nietzsche, F. (1997b). *El nacimiento de la tragedia*. (Tr. A. Sánchez Pascual). México: Ed. Alianza.
- Nietzsche, F. (1997c). *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro*. (Tr. Andrés Sánchez Pascual). México: Alianza.
- Nietzsche, F. (1998a). *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*. (Tr. Andrés Sánchez Pascual). México: Alianza.
- Nietzsche, F. (1998b). *El nihilismo. Escritos póstumos*. (Tr. Goncal Mayos Solsona). Barcelona: Península.
- Savater, Fernando. (1993). *Nietzsche*. México: Aquesta Terra Comunicación / UNAM.

